

vasiones en los indios de la sierra, á los cuales exhortó el P. Almeida que no fuesen porque les sucedería muy mal. No le creyeron, y fueron derrotados de los contrarios y muertos muchos, y los demás volvieron huyendo: entre ellos habia uno conocido del Padre que se llamaba Domingo Maciel, de quien vino nueva á su mujer, que se llamaba María Alvarenga, de que habia muerto. Vitióse de luto y lloró á su marido, y trató de hacerle exequias; súpolo el P. Juan y vino á consolarla, y con toda aseveracion, le dijo que su marido estaba vivo y que llegaría bueno á su casa la víspera de Navidad, y que así luego dejase el luto, el llanto y las exequias, y las trocase en accion de gracias por la merced que Dios le hacia. La mujer le dió crédito, y todo sucedió como el P. Almeida dijo, con grande gozo de ambos y crédito suyo, teniéndole todos por santo profeta.

XIII

Prosigue la misma materia de sus milagros y profecias, revelaciones y apariciones en provecho de las almas.

Estando en la villa de los Santos, le llamaron para confesar á Miguel de Andrade Leytan, que estaba muy enfermo: entró el siervo de Dios en el aposento, tan cerrado y oscuro, que no se veian unos á otros; pero la luz que tenia en su alma, brotó en toda la pieza, y la clarificó de manera, como si la bañara el sol; y habiéndole confesado, le ofreció la salud y se la dió desde aquel punto, y saliendo de la sala, salió con él la luz y quedó como de ántes oscura, y el enfermo con salud.

Refiriendo este suceso, afirmó con juramento otro ciudadano, cuyo nombre era Miguel Ribero Castaño, que diciendo el Padre Misa, y llegando á la consagracion, le habia visto muchas veces resplandecer el rostro y la cabeza, y arrojar de sí unas lúces como rayos del sol. Y no era nueva maravilla que brotase en el cuerpo el fuego y ardor de su espíritu, como se lee de otros santos en semejante ocasion.

El Maese de Campo, Luis Ribero de Silva, estaba muy enfermo en la ciudad de Riojaneiro el año de mil y seiscientos y cuarenta y nueve: fué á confesarle el P. Almeida y hallóle muy fatigado de la orina y dolores de piedra, con poca ó ninguna esperanza de la vida; mas el siervo de Dios le animó, exhortándole á que tuviese confianza en Dios, y luego, con imperio de Santo, mandó en nombre de Dios y de su madre admirable la Virgen Santa María, á la enfermedad, que le dejase, la cual obedeció á su mandato y quedó bueno

y sano, dando mil gracias á Dios y al P. Juan de Almeida, por cuya intercesion le habia venido la salud.

El P. Simon de Vasconcelos padeció dos meses enteros una gravísima y molesta enfermedad de calenturas y postemas que se le abrieron en las caderas, con vehementes dolores. Hiciéronle varios remedios con poco fruto, lo cual visto por el P. Juan de Almeida, movido de caridad, le dijo: «Padre mio, tenga mucha confianza en Dios, que yo le tengo de hacer una medicina con que alcance salud,» y luégo se hincó de rodillas delante de la imagen de Cristo crucificado, y besando sus llagas muchas veces con ternura y devocion, las tocó con las manos, y luego como si llevara en ellas la salud, las puso sobre la parte lesa del enfermo, invocó con gran fervor cinco veces los nombres de Cristo, del Santísimo Sacramento, de la Virgen admirable, de S. Ignacio y S. Francisco Javier, y dijo al enfermo que reposase: pudo hacerlo, porque le cesó el dolor, y á la mañana fué el P. Almeida á una ermita de Nuestra Señora del Destierro, que estaba fuera de la ciudad, á darle gracias por la salud del P. Vasconcelos, porque cuando volvió, le halló bueno y tan convalecido, que se vistió y levantó de la cama como en entera salud, con pasmo de los médicos y admiracion de todos los que poco ántes le vieron tan enfermo, obrando Dios este milagro por la oracion y méritos de su siervo.

En el mismo colegio dió salud milagrosamente al H. Juan de Oliveira, estando ético confirmado y sin esperanza de remedio, y á otro Hermano tísico, que se llamaba Domingo García, del mismo colegio, y al capitán Francisco Barreto Furia, desahuciado de los médicos por una postema interior de que lanzaba materia por varias partes del cuerpo, y tocándole el P. Almeida con la mano, é invocando el nombre de la Madre admirable y su glorioso Esposo S. José, le dió entera salud.

Mayor admiracion causó la salud que dió á Isabel de Mariz, mujer de Francisco de Acosta Barros, la cual estaba agonizando y sin sentidos, la mortaja y los lutos preparados para su entierro, cuando entró el P. Almeida á visitarla sin ser llamado: púsole la mano en la cabeza; dijole los Evangelios, y llamó á su marido que la estaba llorando y trocóle el llanto en gozo, porque luego, ántes de salir de su casa, volvió en sus sentidos, habló y mejoró y estuvo sana, con pasmo de todos y gozo increíble de sus parientes y amigos, que fueron pregoneros de la santidad del Padre y de las maravillas que Dios obraba por su mano.

La fama de este milagro voló por toda la tierra como la de Cristo en la resurreccion de Lázaro, y concurrieron de todas partes innumerables personas enfermas á que los sanase: el bendito Padre los recibia con humilde encogimiento, diciendo á todos que él era un indigno pecador, merecedor de

mil infiernos y no de hacer obras tales; mas, vencido de sus instancias, les decia que confiasen en Dios, y poniéndoles las manos y haciendo la señal de la cruz, sanó á tan copioso número, que no podremos contarlos, entre los cuales fueron los siguientes:

Al capitán Rodrigo Troncoso, de un humor pestilencial que le tenia á peligro de muerte sin dejarle respirar; á un niño de pecho que padecía gravísimas calenturas, sin poderle hacer remedios; á un esclavo muy enfermo de pasmos y apretura del pecho, que no le dejaba respirar; á Antonio Coello Oliveira, tan al cabo de la vida, que tenia hecho testamento y recibidos los Sacramentos de la Iglesia; y, poniéndole las manos, le resucitó como de muerte á vida; á Andrés Rosa, apretado de recias calenturas; al capitán Antonio Correa, apretado de dolores de muerte; á otra mujer de un ciudadano, desahuciada de los médicos; á un Padre de nuestro colegio, que se llamaba Francisco Madrid, estando ya oleado, le dió la vida milagrosamente; á dos Hermanos nuestros, Andrés Martínez y Manuel de Moura, asimismo muy enfermos; al capitán Antonio de Acevedo y á la mujer de otro capitán Juan Antonio; á otro alférez, muy enfermo y á un hijo suyo que estaba en la cama con él, tocándolos con su mano; tambien al Licenciado Manuel de Vasconcelos, el cual cobró del Padre tan gran concepto, que estando ausente y afligiéndole gravísimos dolores, tomó un poco de tierra que habia pisado el P. Almeida, y la aplicó con grande fe á la parte doliente, pidiendo á Dios salud por sus merecimientos, y luego se le aplacó el dolor y quedó bueno. Cosa digna de admiración que sea tan de participantes la virtud de un siervo de Dios, que hasta la tierra que pisa la reciba para dar milagrosa salud á los enfermos, siendo la cosa más vil y de ménos estimación que tenemos.

Estas y otras muchas maravillas obró Dios en los últimos años de su edad por el bendito P. Juan de Almeida, las cuales están probadas en informaciones auténticas, hechas por los Ordinarios en la ciudad de Riojaneiro.

XIV

Su dichosa muerte y exequias funerales, y milagros despues de ella.

Llegóse el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, y el tiempo en que el siervo de Dios habia profetizado su muerte, que tan deseada tenia, para unirse perfectamente con su Dios en la bienaventuranza, y comenzó á amenazar ruina la fábrica de su cuerpo, con una pedrada que, sin saber de qué mano vino, le dió en la cabeza, y se la abrió, y le derribó en el suelo, caminando por la calle á confesar á un enfermo.

Corrió mucha sangre de la herida, la cual recogieron á porfía por preciosa reliquia los que se hallaron presentes, y Dios obró por ella algunos milagros: y no fué el menor el valor que mostró el bendito Padre; porque, como esforzado capitán, que herido en la guerra no vuelve las espaldas; atándose la herida, prosiguió su camino, confesó al enfermo, y despues volvió á casa, anteponiendo la salud espiritual de su prójimo á la corporal propia.

Aunque le curaron, como la edad era tanta, siempre quedó flaco y como muro atormentado, que amenaza ruina; á lo cual se juntó la batería que él se daba de disciplinas, ayunos, cilicios y vigiliás, sin remitir enfermo las ásperas penitencias que usaba sano, de manera que, gastado y consumido, le dió un accidente á los doce de setiembre, que le privó de los sentidos.

Hiciéronle varios remedios, con que mejoró algo; pero sobrevínole recia calentura, que poco á poco le fué consumiendo las fuerzas, hasta que á los veinticuatro del dicho mes dió fin á esta frágil vida, para comenzar la eterna.

Fué cosa muy notada que, faltándole el sentido exterior, no parecia que le faltaba el del alma, porque no cesaba de hacer coloquios con Dios, y decir oraciones jaculatorias, y levantar las manos al cielo con ternísimas palabras, brotando aquellas centellas del fuego divino que ardia siempre en su pecho: y lo que admira más es, que continuó las penitencias en la cama, y el día ántes de su muerte le halló el enfermero tomando una recia disciplina, que á no quitársela, era cosa muy probable acabar con ella la vida; tal hábito tenia hecho á las penitencias y mortificaciones, que vino á morir con ellas, como buen soldado con la espada en la mano.

En divulgándose su enfermedad vino toda la ciudad á verle, llorando y clamando por su santo Padre, pidiéndole su bendición, y besándole la mano, y tomando alguna cosa de sus pobres alhajas, de sus cartas y escritos por reliquias, como de Santo. Sangraronle una vez, y los más poderosos, tiñeron lienzos con la sangre, y la llevaron y guardaron con grande veneración, y Dios obró por ella muchos milagros.

En los doce días que estuvo enfermo, no cesaron de enviar Rosarios, cruces, medallas y cosas de devoción que las tocasen al santo Padre, el cual murió con la paz que habia vivido, recibidos los Sacramentos de la Iglesia, el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, á veinte y cuatro de setiembre á las once y media de la noche, siendo de ochenta y dos años, y teniendo sesenta y uno de religion, lleno de merecimientos, con opinión y aclamación de santo, confirmada con la santidad de su vida, y la multitud y grandeza de sus milagros.

No hubo bien amanecido, cuando en oyendo clamorear en nuestra casa, tocaron todas las campanas de la ciudad, correspondiendo á las de nuestro